

echará á tierra sus designios, hará inútiles sus precauciones y hará también servir á la gloria de su Hijo todos sus proyectos, y los convertirá en prueba incontestable de su resurrección.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh y qué cortas son nuestras miras, oh Dios mío, cuán falsas son en comparacion de las vuestras! Son inútiles nuestros artificios contra los consejos de vuestra divina majestad. No hay prudencia que pueda destruir ó impedir vuestros designios, ni sabiduría que pueda prevalecer contra la vuestra. A vos, pues, me uniré firmemente, ¡oh Señor! y todo lo que contra mí harán los enemigos de mi salvacion, servirá para confusion suya y para el cumplimiento de los designios de vuestra misericordiosa providencia. Amen.

MEDITACION CCCXLIII.

DE LO QUE SUCEDIO EL SABADO POR LA TARDE, Y LA NOCHE DEL DOMINGO.

S. Mat., c. XXVIII, v. 1, 4.
—S. Marc., c. XVI, v. 1.

Primero. De Magdalena y sus compañeras. Segundo. De la resurreccion de nuestro Señor. Tercero. Del ángel que remueve las guardias.

PUNTO I.

DE MAGDALENA Y DE SUS COMPAÑERAS.

Primero. *Del fervor de Magdalena en visitar el sepulcro.* “La tarde del sábado, que se aclaraba ya el primer día del domingo, fué María Magdalena y la otra María, á visitar el sepulcro... Esta otra María es aquella de quien se ha hablado en el capítulo precedente,¹ que era Madre de Jacobo y de Josef. La hora en que se hallaron estas en el sepulcro, notada por el evangelista con tanta particularidad, era el sábado por la tarde, desde las seis, ó cerca, hasta la séis y media. Fueron únicamente para ver el sepulcro; pero en esto Magdalena tenía dos fines; el primero de contentar su amor, viendo todavía el lugar que poseía el único objeto de su ternura; el segundo, de asegurarse bien de la situa-

¹ La version de este texto es del autor francés, á la que es necesario atendernos aquí por la correlacion que tiene con su eruditísima nota sobre este versículo, que se hallará al fin de esta meditacion.
² Vers. 56, 61.

cion del lugar, para no errar ó equivocarse. Porque debiendo esta santa mujer volver allí temprano la mañana del día siguiente para embalsamar el cuerpo de Jesús, con las otras mujeres de la Galilea, como estaban entre sí de acuerdo, previa muy bien que iría antes del día, como de hecho sucedió, y como entonces no debía tener otra luz que la de la luna, siempre incierta, ó sujeta á ser impedida de alguna nube, justamente para no errar, fué desde la vigilia á considerar el lugar y asegurarse del puesto en que reposaba su divino Maestro. ¡Oh Magdalena, cuanto mas grande es tu fervor, tanto estoy yo mas lejos de él!

Segundo. *De la caridad de Magdalena en comprar aromas.*—“Y pasado el sábado, María Magdalena y María madre de Jacobo, y Salomé compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús...” María madre de Jacobo es la que había acompañado á Magdalena al sepulcro, y la que también era madre de Josef. Salomé era la esposa de Cebedeo y la madre de los dos apóstoles Jacobo y Juan. Estas tres santas mujeres hacían, como hemos dicho, la primera cuadrilla de las de Galilea que habían formado el proyecto de embalsamar el cuerpo de Jesús á la usanza de su país y con aromas mas preciosos. El día de sábado se había acabado ya según nuestra manera de contar; el sábado por la tarde cerca de las seis y media Magdalena y la otra María volvieron entonces del sepulcro, y llevando consigo á Salomé, emplearon lo restante del día en comprar los aromas de que querían servirse la mañana siguiente. Admirémos su union, su piedad y su caridad, y admirémos también las disposiciones secretas de la divina Providencia: mientras que Magdalena visita el sepulcro, piden los judíos á Pilato que se ponga en él la guardia; acabado el reposo del sábado, Magdalena se retira del sepulcro para ir á comprar aromas, y apenas partió, llega la guardia y cerca el sepulcro sin que ni ella ni las otras santas mujeres puedan tener alguna noticia de esto.

Tercero. *Imitacion de Magdalena.*—Podemos imitar el fervor de Magdalena visitando al Redentor en el santo tabernáculo, principalmente la vigilia de la comunión, cuando al día siguiente debemos no ya embalsamar el cuerpo de Jesucristo, sino recibir dentro de nosotros mismos su cuerpo adorable y nutrirnos de él. Vamos desde la vigilia á visitar el lugar santo en que debemos recibir un tan grande bien. Desahoguémosnos allí en tiernos sentimientos de amor, y en deseos ardientes de ver resplandecer para nosotros el día afortunado en que lo hemos de recibir. Tengamos ocupados durante aquella noche, é interrumpa nuestro sueño antes del día una tan dulce esperanza. Podemos también imitar la caridad de Magdalena y de sus compañeras con hacer alguna limosna á los pobres: Cuanto mas abundantes fueren estas, según nuestra

posibilidad, tanto mas abundantes serán las gracias que recibiremos de la santa comunión.

PUNTO II.

DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

Primero. *Del alma de Jesús.* El alma de Jesús separada de su cuerpo quedó siempre unida á la divinidad y fué siempre el alma de un Dios. En esta calidad bajó Jesús en alma al infierno, esto es, al limbo de los justos; allí bajó como su Dios y como su libertador. Ya por mucho tiempo lo esperaban estas santas almas, y algunas, como la de Abel, desde el principio del mundo. Cuando ellas vieron esta alma unida sustancialmente al Verbo de Dios y que venía de padecer tantos tormentos y oprobios por su salvacion, ¿con qué júbilo la recibirían? ¿con qué amor y sentimiento juntamente le ofrecieron los soberanos homenajes? Hagamos particularmente reflexion sobre los sentimientos que debieron tener los santos del antiguo Testamento, de quienes tenemos mayor noticia, y representándonoslos bien á la mente, procuremos copiarlos en nosotros mismos, pues que tenemos el mismo motivo participando de la misma redencion.

Segundo. *Del cuerpo de Jesús.* El cuerpo de Jesús, bien que separado de su alma, estaba siempre, como su alma, unido á la divinidad, y era siempre el cuerpo de un Dios digno, aunque en estado de muerte, de la adoracion de los hombres y de los ángeles. Rindémosle nuestros mas profundos homenajes, no solo porque es el cuerpo de un Dios, sino tambien porque por él se la obrado nuestra salvacion; por él se nos ha manifestado Dios, y continúa á unirse á él, dándonos este cuerpo adorable por alimento en la santa Encaristia, en que lo recibimos todo de una vez, el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo.

Tercero. *De la reunion del alma al cuerpo de Jesús.*—Los evangelistas no nos han contado la resurreccion de Jesucristo. Solamente han hablado de Jesús resucitado... Podemos, pues, representarnos aquí cuanto nos puede sugerir una piedad iluminada. Creemos que Jesús resucitó á media noche, como creemos que nació á media noche. Lo que mas nos importa saber es que su resurreccion nos asegura de nuestra reconciliacion con Dios y de nuestra justificacion;¹ que su resurreccion es la prenda y el modelo de la nuestra, que como su cuerpo ha resucitado con los dones de gloria, de agilidad, de sutileza, de impasibilidad y de inmortalidad, resucitarán tambien los nuestros si morimos en santa gracia; finalmente, que su resurreccion es el modelo de la

¹ Ad Rom., c. IV, v. 25.

resurreccion de nuestra alma á la gracia, de manera que como Jesús resucitando toma una nueva vida, nosotros tambien vivamos de una vida nueva, y que como Jesús ha resucitado y ya no muere, nuestra conversion sea sincera, edificante y constante.¹

PUNTO III.

DEL ANGEL QUE REMUEVE LOS GUARDAS.

“Cuando he aquí que sucede un gran terremoto.² Porque el ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose revolvió la piedra, se sentó sobre ella....” Cuando el ángel bajó del cielo ya había resucitado Jesús y no estaba ya en el sepulcro. No había tenido necesidad para salir que la piedra que cerraba la entrada del sepulcro se quitase, como no tuvo necesidad para entrar en el cenáculo que estuviesen abiertas las puertas. El misterio de la resurreccion se obró en secreto, ni fué expuesto á los ojos de los profanos. Los soldados, que nada habían observado, continuaban á guardar el sepulcro, y habían continuado hasta el fin del día como se había mandado, si el ángel no los hubiese quitado para dejar la entrada libre á las santas mujeres que no debían tardar de llegar. Al acercarse el espíritu celestial tembló la tierra, rompió con autoridad los sellos sacrilleges que se habían puesto al sepulcro, y levantó sin esfuerzo la enorme piedra que cerraba la entrada. Lo vieron los soldados obrar con esta potestad superior á que ninguna fuerza humana habría podido resistir; pero no pudieron sostener largo tiempo su vista.

Primero. *De la majestad en que se muestra.* “Y su aspecto era como un rayo, y su vestido como nieve....” Lo blanco de su vestido anunciaba á los amigos de Jesús el día afortunado que iba á resplandecer para ellos y la solemnidad de la nueva Pascua que habían de celebrar, y este color debe ser el simbolo del candor de nuestras almas y de la pureza de nuestros corazones; pero el aspecto ardiente que muestra sobre su rostro, anuncia el furor de que está animado contra los enemigos de su Maestro. Representémosnos á la mente este ángel, vestido de una forma humana, como le agrada á él tomarla, sentado sobre la puerta del sepulcro con un aspecto terrible, arrojando rayos por miradas sobre la tropa que lo rodeaba. ¿Y quién podría sostener el fuego de sus ojos centellantes y el aspecto amenazador que se descubría en su rostro?

Tercero. *Del espanto que inspira su vista sola.* “Y por el miedo que tuvieron de él, se espantaron los guardas y quedaron como muertos....”

¹ Ad Rom., c. VI, v. 4.

² Véase la nota al fin de la meditacion.

Venid, sacerdotes, escribas y fariseos, mirad á qué estado están reducidos los que vosotros habeis armado contra un muerto. Vuestro triunfo se acabó, y el suyo comienza en su sepulcro para verificar la palabra del profeta que dice: *Y su sepulcro será glorioso*. Ninguno ha tocado á vuestros soldados, ni tampoco alguno les ha hecho palabra, y ha aquí á lo que están reducidos solo por lo que han visto. Si no han muerto, si se les permite volver á levantarse y huir de allí, es para que sepaís de ellos mismos que habeis quedado vencidos, para que se vea vuestra vergüenza y la gloria de Jesucristo, y cuánto tenéis que temer de los ministros de su venganza.

PETICION Y COLOQUIO.

Vuestra resurreccion, ¡oh Jesús! llene tambien de terror vuestros enemigos. A mí me inspirará solamente júbilo, y será para mi corazón un motivo continuo de consuelo, porque vos habeis resucitado para hacerme resucitar á mí á la gracia y á la gloria. Ayúdame á vencer los obstáculos que se me interponen aun, removed los enemigos de mi salvacion, enviadme vuestros santos ángeles y reglad vos todas mis operaciones, hasta que finalmente os manifestéis á mí en la eternidad. Amen.

EXPLICACION

SOBRE EL PRIMER VERSÍCULO DEL CAPÍTULO XXVIII DE SAN MATEO.

Primero. Nosotros emprendemos aquí tratar la materia mas difícil de la concordancia, cual es el orden de las visitas que hacen al sepulcro las santas mujeres, de las apariciones que les hacen los ángeles y de las apariciones que les hace el Señor mismo. Si los intérpretes en el poner mano á esta obra... hubiesen consultado solamente el estilo y las expresiones de los evangelistas para resolver las dificultades que se presentaban, habrían fácilmente logrado su intento; pero por concordar los evangelistas han querido hacer decir á todos la misma cosa, suponiendo que todos contasen unos mismos hechos. Una suposicion tan falsa los ha metido en un laberinto de que no han podido desenrarse y en que se pierde todo lector que va tras ellos y los toma por guías.

Comencemos de este primer versículo del capítulo XXVIII de san Mateo. Los intérpretes han pretendido que este versículo fuese paralelo con el segundo versículo del capítulo XVI de san Marcos y con el primer versículo del capítulo XLVI de san Lucas; y qué violencia no ha sido necesario hacer á todas las expresiones de san Mateo para mantenerse en esta pretension?

La tarde ha venido á ser mañana por mas que sean dos términos opuestos. La tarde del sábado ha venido á ser la mañana del domingo, por mas que entre estos dos términos esté todo el intervalo de la noche. Segun unos, *vespere Sabbathi* significa al fin de la noche del sábado, como si al fin de la noche del sábado no viniese inmediatamente la mañana misma del sábado. Segun otros, esto significa habiendo pasado la semana, como si la última parte del sábado no fuese del sábado mismo y de la misma semana.

Segundo. Pero dicen, en el griego se lee... *vespere Sabbatorum*... Y se responde, que en este paso en que se trata de una época fija, *Sabbathi* conviene mejor *Sabbatorum*; en cualquiera manera que se lea, *Sabbathi* ó *Sabbatorum*, esto quiere decir la tarde del sábado. Esta expresion, *la tarde de la semana*, es bárbara, y no se usa en alguna lengua; cuando esta expresion fuese legitima, significaría siempre la misma cosa, esto es, la última parte de la semana, que es la última parte del sábado; pero no que el sábado hubiese pasado, ó que hubiera pasado la semana.

Tercero. Pero dicen aun: san Mateo añade, que *lucscit in prima Sabbathi*: ¿No denota por ventura esto la mañana del domingo? No sin duda; la tarde del sábado no puede relucir en la mañana del domingo, porque está toda la noche de por medio. Pero reluce en la tarde de la cual comienza el domingo, porque la tarde del sábado que acaba y la tarde del domingo que empieza, se tocan inmediatamente. No confundamos nuestra manera de hablar con la de los hebreos, si queremos entender sus expresiones. El día artificial, como hemos dicho, empezaba para ellos desde la tarde. Lo que ellos llamaban tarde, tenía dos partes, de las cuales la primera era del día que acababa y la segunda del día que principiaba... De esta manera, cada día tenía dos tardes; la primera era aquella de la que empezaba el día, y la segunda era aquella por la que el día acababa... San Mateo, queriendo señalar el tiempo en que las dos Marias van á ver el sepulcro, comienza con decir que fué *la tarde del sábado*. Esto no basta, es necesario que nos diga si es la tarde del sábado que empieza, ó la tarde del sábado que acaba; y esto es lo que él hace, y no podía señalar mas claramente la tarde del sábado que acaba, que con decirnos que era la tarde del sábado que reluce en el domingo. La palabra *lucscere* es el término propio para indicar aquella especie de luz que hace la tarde y la mañana. San Lucas hablando del viernes por la tarde, se sirve del mismo término, para decir que estaba para empezar el sábado; *Sabbatum illucsceret*.

Cuarto. Finalmente, hacen una pregunta, y dicen: si san Mateo ha querido señalar la tarde del sábado que va al domingo, no debia haber dicho *in primam*, en vez de decir *in prima*; y el

Griego que dice *in primam* no deberá ser preferido? Se responde primero que el latino se debe tambien preferir aquí, y que es necesario decir *in prima*. Para concebir la razon de esto, conviene traer á la memoria una usanza de los hebreos. Eran estos tan escrupulosos observadores del reposo del sábado, que por no quebrantar la ley, comenzaba el día de sábado, ó á lo menos el reposo del sábado, una media hora mas presto, y acababan una media hora mas tarde que los otros días. De esta manera el sábado usurpaba de una parte media hora al viernes, y de la otra media hora al domingo. Supongamos, por ejemplo, que en el mes de marzo, en que estaban entonces, el día artificial comenzase y acabase á las seis de la tarde, segun nuestra manera de contar; el sábado habra comenzado el viernes por la tarde á las cinco y media y habra acabado el sábado á las seis y media de la tarde. Pero como esta última media hora, aunque se contase como perteneciente al sábado, pertenecía realmente al domingo, san Mateo, que la comprendia en la tarde del sábado, debió decir que *lucscit in prima Sabbathi*, y no *in primam*, porque el domingo no habia aun realmente comenzado.

Quinto. Viene ahora á propósito explicar esta expresion: *prima Sabbathi*. Ella significa el día que nosotros llamamos el domingo, y así la hemos traducido, para no embrollar la frase. Allí se debe suplir y entender *diei; prima diei Sabbathi*. Se da una falsa idea de esta expresion cuando se dice que en estas ocasiones *Sabbatum* ó *Sabbatha* significan semana. Estas palabras no significan jamás semana sino indirectamente y en cuanto viene á ser el mismo el sentido de la frase. Así, *prima Sabbathi* no quiere decir literalmente el primer día de la semana, sino el primero de los seis días que preceden al sábado, lo que en sustancia significa lo mismo. Y es difícil errar cuando se tiene una idea justa y precisa de cada cosa. El domingo se llamaba *prima Sabbathi* ó *Sabbathorum*, el primero de los seis días que preceden al sábado, los sábados y el sábado, sea el que se fuese, el sábado en general. El lunes se llamaba *secunda Sabbathi*; el martes *tertia*; el miércoles *quarta*; el jueves *quinta Sabbathi* ó *Sabbathorum*, y el viernes *Parascave*, palabra griega que quiere decir preparacion.

Sexto. Hemos explicado todos los términos de este versículo; nos queda solamente el último, *videre sepulcrum*. Iban á ver el sepulcro. Esta sola palabra debia á mi juicio hacer presente á los intérpretes el verdadero sentido de este versículo y hacérsela conocer que no se trataba del domingo por la mañana, porque estas santas mujeres habiendo ido por la mañana para embalsamar el cuerpo de Jesús, habria sido cosa absurda el decir que hubiesen ido allí para ver el sepulcro.

Sétimo. Entendiéndose este versículo del

sábado, no queda ya mas dificultad para explicar y ordenar los textos que miran al domingo por la mañana, se evita la confusion y se desata la dificultad, y los hechos se pondrán en un orden tan natural y en una manera tan simple y tan precisa, que todo lector juicioso convendrá en que nosotros hemos expuesto no solo lo verdadero, sino tambien lo cierto.

SEGUNDA EXPLICACION.

SOBRE EL SEGUNDO VERSÍCULO DE SAN MATEO DEL CAPÍTULO XXVIII.

Hacemos esta nota solo para renovar la memoria de lo que hemos dicho en otra parte y de que hemos visto frecuentes ejemplos; esto es, que es el estilo y costumbre de los evangelistas unir los hechos que cuentan, como si estos hechos viniesen inmediatamente el uno despues del otro, aun cuando haya habido á las veces un intervalo entre estos hechos, ó aunque hayan sido referidos otros hechos en el intervalo por otros evangelistas. No sucedió, pues, esta terramoto cuando Magdalena y su compañera se hallaron en el sepulcro; sucedió mucho tiempo despues y hácia el fin de la noche y de manera que los soldados tuvieron tiempo de retirarse antes que Magdalena fuese al sepulcro el domingo por la mañana, como ahora diremos.

MEDITACION CCCXLIV.

MAGDALENA VA AL SEPULCRO EL DOMINGO POR LA MAÑANA ANTES DEL DIA.

San Marc., c. XVI, v. 2, 4.—
San Juan, cap. XX, v. 1, 10.

Primero, viaje de Magdalena con sus dos compañeras; segundo, viaje de Magdalena sola; tercero, viaje de Magdalena con los dos apóstoles.

PUNTO I.

VIAJE DE MAGDALENA CON SUS COMPAÑERAS.

Primero. *Su diligencia*. "Y muy de mañana el día primer, de los sábados llegaron al monumento habiendo ya nacido el sol..." Volveremos á tomar en otra parte las últimas palabras de este versículo... "Habíendo ya nacido el

1 Uno es lo mismo que primero.

... Esta es una segunda época que indica otro hecho de que dentro de poco hablaremos. Detengámonos aquí en la primera época. . . . *bien temprano por la mañana*. . . . He aquí cómo nos la explica san Juan. . . . "El primer día de la semana, María Magdalena se va por la mañana, que aun estaba oscuro, al monumento. . . ." Las tinieblas son opuestas al día, que viene del sol, y no excluyen la luz de la luna que preside á la noche.¹ Luego esto no significa que fuese noche, sino que no se había hecho aun de día. Era necesario que fuese largo tiempo antes del día, porque todo lo que vamos á decir aquí en esta meditación y en la siguiente, sucedió antes que llegasen las otras mujeres al sepulcro, con todo que fuesen á él al despuntar del día. . . . Al considerar la diligencia practicada por Magdalena en proceder á la aurora, ¿quién no reconoce su amor? El viernes por la tarde no puede separarse del sepulcro, en el sepulcro la cogió el reposo del sábado. El sábado por la tarde vuelve al sepulcro, y no lo deja sino para ir á comprar aromas y volver á él el domingo por la mañana. Es todavía noche, y la luna en su plenitud continúa á esparcir una clara luz sobre la tierra cuando Magdalena despierta á sus dos compañeras y las solicita á ponerse en camino con ella. Magdalena proviene el día. Muy lentamente corrieron para ella las horas. ¡Ay de mí! cuando yo voy á Jesucristo para recibir su vivo cuerpo, ¿por qué no tengo los mismos deseos, la santa impaciencia y la solicitud de Magdalena por el cuerpo de Jesús muerto: ¡Ah! estoy bien lejos de esto, porque no tengo su amor. Segundo. *Su embarazo*. "Y decían entre sí: ¿quién nos levantará la piedra de la puerta del sepulcro? . . ." La inquietud que aquí muestran estas santas mujeres, hace ver muy bien que ignoraban lo que había hecho el ángel del Señor por ellas para dejarles libre la entrada. Tenían razón de decir entre sí que quién les levantaría la piedra, porque sin duda no eran ellas capaces de levantarla; pero también la tenían para caminar siempre, no obstante esta dificultad, porque cuando el Señor inspira una buena obra, sabe el medio de quitar los obstáculos que á ella se oponen, y nosotros debemos por nuestra parte ser fieles en ejecutar lo que depende de nosotros, bien seguros que de su parte hará él lo que nosotros no podemos. Mas para que nuestra confianza sea perfecta, no debemos investigar los medios que él tomará, sino descansar en él en orden al éxito que querrá dar á nuestra empresa. Tercero. *Su asombro*. "Pero observando, vieron revuelta la piedra, que era muy grande. . ." Para comprender todo esto, es necesario formarse una justa idea del sepulcro. Estaba este cavado en el peñasco y tenía la abertura en lo al-

¹ Véase la nota al fin de esta meditación.
² Gen., esp. I, v. 16, 18.

to, como las sepulturas que nosotros hacemos. Era, propiamente hablando, como una bóveda, en medio de la cual se metía el cuerpo sin cubrirlo de tierra, y á la que se bajaba por medio de una escalera formada igualmente en la piedra. La abertura ó sea la entrada debía ser grande, y grande á proporcion debía ser la piedra que la cerraba, esto es, mucho mayor que las sepulturas ordinarias. Estando tendida la piedra sobre la abertura, estaba con poca diferencia á la flor de la tierra; pero cuando el ángel abrió el sepulcro, quitó la piedra y la apoyó sobre uno de los lados, de manera que presentaba á los ojos de los que venían de Jerusalem, toda su anchura. Fué, pues, fácil á las santas mujeres ver esta piedra por causa de su grandeza, y notar que no estaba tendida, sino levantada. Este espectáculo debió causarles una extrema sorpresa, que degeneró fácilmente en miedo. Hallarse solas, de noche, fuera de la ciudad, cerca de un sepulcro abierto, que el silencio general de toda la naturaleza hace aun mucho mas espantoso; en estas ocasiones el mas mínimo objeto improviso es capaz de turbar la imaginación, principalmente en mujeres tan fáciles á espantarse como las dos compañeras de Magdalena, según lo que han dicho los dos evangelistas que de ellas han hablado, como adelante veremos.¹ Pero Magdalena no teme, su amor la hace intrépida. Ni el silencio de la noche, ni la soledad del lugar, ni la habitación de los muertos, ni la aparición de los espíritus, nada la espanta. Solamente teme el no ver el cuerpo de su Maestro para darle los últimos honores. Por mas que ella haga con sus dos compañeras, no puede inspirarles su valor ni resolverlas á ir con ella hasta el sepulcro. Todo lo que puede conseguir de ellas es que esperen allí entre tanto que ella va á examinar el caso y vuelve á hacerles relación. . . . Un temor natural de que nosotros no somos dueños y que no quita la confianza, no es una culpa; el Señor sabe exculparlo y perdonarlo; pero los primeros favores son para un amor ardiente y generoso que sabe echar fuera y despreciar todo temor.

PUNTO II.

VIAJE DE MAGDALENA FOLA.

Primero. *Su dolor en el monumento*. "El primer día de la semana Magdalena vino por la mañana, cuando estaba aun oscuro, al sepulcro, y vió levantada la piedra del sepulcro. . ." A la luz de la luna fué Magdalena derechamente al sepulcro, y el primer objeto que le dió golpe fué la gruesa piedra que había estado sellada por orden de los pontífices, fuera de su lugar y volteada.

¹ Meditación CCCXLVII.

da. El ángel que había echado de allí los soldados no se dejó ver. Se adelantó Magdalena, y habiendo mirado hasta dentro del sepulcro, vió que el cuerpo de su divino Maestro ya no estaba allí. . . . ¡Qué golpe para su corazón! Sin duda, va ella diciendo, alguno en la noche lo ha quitado; ¿pero quién sabe quién será? ¿dónde podrá encontrarlo? ¿á quién se encaminará? ¿que hará en una coyuntura tan no esperada? El único medio que se le presenta á su espíritu es ir á buscar á Pedro y á Juan y oír su parecer sobre un hecho tan extraordinario y sobre un accidente tan doloroso.

Segundo. *Lo que dice y determina de acuerdo con sus compañeras*. Magdalena vuelve á sus compañeras, les comunica en dos palabras su dolor, sus pensamientos y sus designios. Les dice sin duda que se vuelvan á casa y que se estén allí mientras que ella con los apóstoles hace sus diligencias, y hasta que les dé parte de lo que habrá podido descubrir. Con tal acuerdo, sus dos compañeras volvieron á su casa, y Magdalena corrió á la otra, donde se hallaban Pedro y Juan.

Tercero. *Su relación á los dos apóstoles*. "Corrió por esto á buscar á Simon Pedro y aquel otro discípulo amado de Jesús, y les dijo: se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto. . ." Magdalena habla en plural, porque habla también en nombre de sus compañeras, que eran del mismo parecer y sentimiento que ella. No osamos de admirar aquí el amor de Magdalena, su constancia, su valor, su prudencia, su ardor, su deferencia y su prontitud. ¡Oh mujer fuerte! ¿cuán digna te haces de los favores que Jesús te prepara!

PUNTO III.

VIAJE DE MAGDALENA CON LOS DOS APÓSTOLES.

Primero. *Su ardor en ir al sepulcro*. "Partió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro; y corrian los dos juntos, pero aquel otro discípulo corrió con mas velocidad que Pedro y llegó el primero al sepulcro. E inclinándose vió puestos los lienzos, pero no encontró dentro. . ." Pedro y Juan sobrecogidos de la relación de la Magdalena, y sorprendidos como ella de un tal hecho, corrieron al sepulcro con el mismo ardor con que ella había venido de él. Ella los sigue. Todos tres van animados del mismo interés, del mismo amor, y sus corazones están agitados de las mismas inquietudes y de los mismos sentimientos de temor y de esperanza. Observemos el respeto y la deferencia de san Juan, que bien que llegue el primero, espera á san Pedro y no entra sino después que él en el sepulcro.

Segundo. *Lo que ven ellos en el sepulcro*. "Después que él llegó Simon Pedro, y entró en el monumento y vió puestos los lienzos. Y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto juntamente con las fajas, sino doblado en un lugar aparte. . ." Estos lienzos eran la sábana y las fajas, el sudario era un pañuelo con que habían cubierto la cabeza de Jesús, y que podía haber recibido la imagen de su rostro. Acaso los ángeles por un particular respeto, habían doblado y puesto en un lugar aparte este lienzo, y es, según algunos, lo que se llama el *santo sudario*. . . . No vieron otra cosa los apóstoles en el sepulcro; ¿pero acaso no era bastante esto para despertar su fe? ¡Había allí alguna verisimilitud con lo que les decía Magdalena, esto es, que alguno hubiese quitado el cuerpo de Jesús? ¿Quién habría querido llevarse-lo, y por qué lo habría querido? ¿Y si alguno lo hubiese llevado, no lo habría llevado como estaba, envuelto en los lienzos? ¿Y si no hubiese querido llevarse los lienzos, se habría detenido en doblarlos, ajustarlos y distribuirlos? Pero no; la vista del sepulcro y de lo que en él había quedado, no les hizo hacer alguna reflexión, ni siquiera les trajo á la memoria las palabras de Jesús. He aquí los testigos que debíamos tener prontos para ver y tardos para creer, para que de aquí, su fe y la nuestra viniese á ser firme é inmóvil.

Tercero. *Sus sentimientos al volver del sepulcro*. "Entonces entró también el otro discípulo que había llegado el primero al sepulcro, y vió y creyó. Porque aun no entendían la Escritura, que era menester que el resucitara de entre los muertos. Y se volvieron los discípulos otra vez á su casa. . ." Algunos han pensado que san Juan en esta ocasión hubiese creído la resurrección; pero la continuación del texto¹ y de los hechos, nos hace pensar que antes bien creyó lo que había dicho Magdalena, esto es, que alguno había quitado el cuerpo. La vista del sepulcro sirvió para confirmarnos en esta idea, y se volvieron tan inquietos sobre este hecho como lo estaban cuando iban. El Señor, entre tanto, ejecutaba sus designios llenos de sabiduría, y disponía con esto sus apóstoles á recibir las nuevas luces que quería sucesivamente comunicarles, hasta que finalmente estuviesen en estado de sostener su vista y asegurarse de su resurrección.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

Al sepulcro van á buscaros, ¡oh Jesús! los dos apóstoles y las santas mujeres; y yo me puedo asegurar de encontraros únicamente por medio de la mortificación, y con morir á mí mismo: concededme, pues, la gracia de morir á mí mismo para resucitar con vos y para vivir una vida se-

¹ Psalm. XV, v. 21.

² Act. Apóst., o. II, v. 25, 8.

PUNTO II.

MARÍA MAGDALENA HALLA A JESÚS.

Primero. *De la manera con que lo reconoce.* "Le dijo Jesús: María. Ella se vuelve y le dijo: Rabboni (que quiere decir Maestro)." Todo sucedió en dos palabras pero en estas dos palabras ¡oh cuántas maravillas! ¡cuántas gracias! ¡cuántas luces acompañaron la primera! ¡qué movimientos de júbilo y de amor acompañaron la segunda! ¡Oh Jesús! os reconozco por mi Maestro, reconocedme también por vuestro discípulo. Manifestaos á mi corazón y encendedlo en vuestro divino amor.

Segundo. *De la prohibición que le hace.* "Le dijo Jesús: no me toques, porque no he subido aun á mi Padre..." Luego que reconoció Magdalena á su Maestro, se arrojó á sus pies para abrazarlo; no, le dijo Jesús, no me toques, porque no he subido aun á mi Padre..." Espera otro tiempo para darme muestras sensibles de tu respeto y de tu veneración. La razón que tenía el Salvador para despedir prontamente á Magdalena, era que sus discípulos estaban oprimidos del dolor porque lo creían muerto y porque lo creían robado. Quiso, pues, que Magdalena que le había inducido en el primer engaño, fuese á sacarlos de los dos anunciándoles su resurrección. Podemos decir que el Salvador tenía aun otra razón para despedir á Magdalena: estaba ya para hacerse de día y debía llegar bien presto al sepulcro una segunda cuadrilla de mujeres galileas, á las cuales no quería dejarse ver para poder ejercitar su fe. Pero nosotros no tenemos cosa alguna que nos impida satisfacer nuestro amor. El Señor nos sufre á sus pies; aprovechemonos pues de este favor, como habría hecho y como hizo después la Magdalena.

Tercero. *De la orden que él le dió.* "Pero vos á mis hermanos y á mí, subid á mi Padre y Padre vuestro, Dios mío y Dios vuestro..." Esto es: estoy para subir bien presto, de aquí á poco tiempo subiré á mi Padre... Pero qué cosa es esta palabra "vos á mis hermanos..." Vos, ¡oh Señor! les habíais dicho que ya no los llamaríais vuestros siervos, sino vuestros amigos, y he aquí que los llamáis vuestros hermanos. Ellos se han dejado ver para con vos amigos cobardes y siervos infieles, y vos los llamáis vuestros hermanos! ¡Ah! no, son solamente vuestros apóstoles, somos también nosotros los que os dignais de llamar vuestros hermanos. ¿Y quién somos nosotros, ¡oh Dios de majestad! para merecer ser llamados de vos vuestros hermanos? ¡Ah!... ¿quién podrá oír esta palabra sin caer á vuestros pies cubierto de confusión y encendido de amor! ¿Y quién des-

1 S. Juan, c. XV, v. 15.

pues de haberla oído, puede degenerar de estos sentimientos y determinarse aun á ofenderlos! Vos, Magdalena, ves á anunciar una tan fausta nueva. La primera veniste al sepulcro, la primera has visto á Jesús resucitado, la primera has anunciado su resurrección. Esta gloria es toda propia tuya y no la tienes comun con otros... "Y Jesús habiendo resucitado la mañana, el día primero de la semana apareció, la primera á María Magdalena, de la cual había echado siete demonios..."¹

PUNTO III.

MAGDALENA ANUNCIA A JESÚS.

Primero. *Con qué celo habla ella á los apóstoles.* "Fue María Magdalena, contando á los discípulos: he visto al Señor y me ha dicho esto..." Magdalena ejecutó exactamente su comisión, nada omitió de cuanto le había dicho el Señor y empleó todas sus fuerzas para persuadir á los apóstoles lo que les decía. Pero ¡ah, cuál fué su dolor cuando vió que todos sus esfuerzos eran inútiles! Los había ella convencido cuando los hizo saber una mera sospecha, sobre un hecho imaginado de ella misma, y no puede convencerlos ahora cuando les refiere lo que ha visto con sus ojos y oído con sus orejas. ¡Oh dureza del corazón del hombre para las cosas de Dios! Hace impresion sobre nosotros una fábula, un vano sistema inventado de un hombre, y las verdades de Dios, las maravillas de su omnipotencia, anunciadas por aquellos que las han visto y las han oído, no pueden vencer la obstinación de nuestro espíritu y sujetarnos al yugo honorífico de la fe.

Segundo. *En qué estado estaban los apóstoles cuando fué á hablarles Magdalena.* "Y ella fué á anunciarlo á los que habían estado con él, que estaban afligidos y llorando..." El primer aviso que Magdalena había dado á Pedro y á Juan, y la ida de estos dos apóstoles al sepulcro, no hay duda que llegó luego también á noticia de los otros. Es muy verosímil que se hubiesen juntado en la casa de Pedro, que acaso era la del cenáculo, para saber de él á su vuelta lo que había de nuevo. Pero cuando les hubo anunciado lo que había visto, y manifestado sus conjeturas, esta relación renovó todo su dolor, se abandonaron á la aflicción y á las lágrimas. Lo pasado y lo presente les anunciaba un funesto porvenir. El furor con que los judíos habían hecho morir á su Maestro, la malicia con que estaban persuadidos que hubiese sido quitado del monumento su cuerpo, les hacía juzgar que bien presto se revolverían contra ellos, y que la per-

1 Véase la nota al fin de esta meditación.

EXPLICACION

SOBRE EL VERSÍCULO 9 DEL CAPÍTULO XVI DE SAN MÁRCOS.

Primero. Tres cosas se han de observar en este versículo. Primero, que en él y en los dos siguientes, el evangelista vuelve á coger un hecho que sucedió antes de lo que está escrito en los cuatro versículos precedentes. El evangelista no ha querido ponerlo en su lugar por no interrumpir la narración que había comenzado. El texto de san Marcos hace comprender bastante esta trasposición.

Segundo. Que el término *mane*, la mañana, hallándose entre *surgens* y *apparuit*, da lugar á creer que es necesario unirlo al *apparuit* y no al *surgens*, porque fué ciertamente la mañana cuando el Salvador apareció á Magdalena; pero él había resucitado en la noche y no por la mañana, á no ser que por la mañana se entienda todo el tiempo que corre desde la media noche, cosa que no parece conforme al lenguaje de los judíos. Sería acaso aun mejor entender por la palabra *surgens*, no la resurrección, sino la partida de Jesús del lugar en que estaba, para ir á Magdalena. Porque Jesús había resucitado antes que Magdalena fuese al sepulcro, y habiendo resucitado estaba en algún lugar. San Marcos se ha servido algunas veces de este término en este sentido... como *inde surgens abiit*, capítulo VII, v. 24... *inde surgens venit*, cap. X, v. 1, etc. Si aquí no dice *inde*, es porque no habiendo hablado del lugar en que estaba entonces Jesús, le bastaba decir: *surgens autem apparuit*. Y habiendo Jesús venido la mañana del domingo, apareció á Magdalena la primera.

Tercero. Cuando san Marcos dice que la primera aparición de Jesús resucitado fué hecha á la Magdalena, hablaba solamente de las apariciones que debían publicarse y servir de prueba de su resurrección. Porque no hay duda que se haya aparecido primero á aquella que había sido compañera de sus penas y la más adolorida por su muerte; que había conservado una fe pura y perfecta, y no había ido á buscar entre los muertos al que es la resurrección y la vida. No es maravilla, pues, que la Santa Virgen no comparezca aquí, ni entre las santas mujeres ni entre los apóstoles. María se estaba cerrada en su cámara, donde se nutría de su fe, respetando entre tanto todos su soledad y su dolor.

sección estaba próxima. Consolaos, apóstoles afligidos y medrosos. He aquí que se os trae una nueva bien diversa de la primera. Escuchad á Magdalena; vuestro Maestro ha salido glorioso del sepulcro, ha vencido la muerte y el infierno. El triunfa ya y vosotros triunfared con él. No temais, teman sus enemigos y no vosotros.

Tercero. *En qué estado quedaron los apóstoles después que Magdalena les habló.* "Y ellos, habiendo oído que él estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron..." ¿Y por qué no lo creen? ¿es acaso sospechosa para ellos Magdalena? ¿querría ella engañarlos? no es por ventura comun la causa entre ellos y ella? Han visto la verdad de su primera relación; han visto á ella desatarse en lágrimas y afligida como ellos. Ahora la ven alegre, llena de placer y júbilo; ¿por qué, pues, no la creen? ¿se habría acaso engañado Magdalena misma? ¿le habría hecho traición su imaginación? La imaginación puede á lo mas, representar lo que ardentemente se desea; ahora Magdalena, lejos del desear, ni siquiera pensaba en ver á Jesús resucitado. Pedia solamente su cuerpo muerto. La ocupaba únicamente este objeto, y de tal suerte la ocupaba, que al principio no conoció á Jesús que le hablaba; pero después lo conoció, lo vió, lo oyó, y lo que ella les refiere es del todo conforme á lo que él mismo ha dicho durante su vida. ¿Por qué, pues, no la creen? ¿Por qué? ¿tiene acaso la incredulidad razones y puede ella dar razón de sí misma? La incredulidad es una debilidad de espíritu que sujeta al incrédulo al imperio de la imaginación. El incrédulo no puede creer lo que no puede imaginar. La fe es un don de Dios que eleva el espíritu del fiel sobre sus sentidos. El fiel no cree sino lo que está bien probado. Por burla, pues, se llaman los incrédulos espíritus fuertes, y tales en el hecho de que hablamos se habrán de decir los apóstoles. Del resto, este testimonio de la Magdalena, aun cuando no fuese del todo creído, no dejó de calmar un poco los espíritus, de hacer nacer en ellos alguna esperanza y disponerlos á recibir los nuevos testimonios que Jesús, según su sabiduría, quería darles.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Jesús que sois la fuente de la caridad y que sois la caridad misma, fuego sagrado que siempre ardeis y que jamás os apagais, caridad eterna que sois mi Dios, encendedme también á mí, como á Magdalena, vuestro santo amor! Sea vuestro divino amor el principio de todos mis deseos, la regla de todas mis acciones y la consolación de toda mi vida. Amen.



MEDITACION CCCXLVI.

JUANA Y SUS COMPAÑERAS VAN AL SEPULCRO AL ROMPER DEL DIA.

S. Luc., e. XXIV, v. 1, 9.

Primero, su piedad; segundo, su recompensa; tercero, su fidelidad.

PUNTO I.

SU PIEDAD.

Primero. *Piedad diligente y exacta.* "Y el primer día de la semana, antes del día fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado..." Las santas mujeres de quienes habla aquí san Lucas, son aquellas de quienes acaba de hablar en el último versículo del capítulo precedente, y que habían preparado sus aromas desde el viernes por la tarde; diferentes por consiguiente de Magdalena y de sus compañeras, que los habían comprado solamente el sábado por la tarde después del reposo de aquel día. Juana era la principal de esta cuadrilla como dentro de poco veremos. Admiramos la diligencia de estas santas mujeres; ellas parten al apuntar el día. Admiramos su exactitud; era esta la hora justamente en que habían convenido entre sí para reunirse. Imitemos esta exactitud y esta diligencia, principalmente cuando se trata del servicio divino.

Segundo. *Piedad liberal y ofensiva.* "Llevando los aromas que habían preparado..." Los aromas que debemos llevar son la edificación del prójimo con el buen ejemplo y con la práctica de todas las virtudes. Son también las limosnas que deben acompañar nuestras oraciones, nuestras devociones y nuestras visitas al Santísimo Sacramento. No hallamos escrito que Magdalena y sus compañeras, yendo al sepulcro, hayan llevado sus aromas, ni tampoco que los hayan preparado, sino solamente que los compraron. Lo que nos hace creer que después de haberlos comprado, los llevaron a Juana y a sus compañeras para que los preparasen, ó sea que estas tuviesen mayor comodidad de hacerlo, ó sea porque fuesen en mayor número, ó sea para que la mezcla de todos estos aromas quedase bien compuesta siendo hecha por las mismas manos. Sea como fuese, en semejantes ocasiones es cosa recomendable mostrarnos oficiosos, y encargarnos de buena gana del trabajo que podemos hacer para aligerar y aliviar á los otros.

Tercero. *Piedad valerosa y probada.* "Y hallaron revuelta la piedra del sepulcro..." No se dejaron espantar de este primer objeto que

de cierto no esperaban; antes tuvieron valor para bajar al sepulcro y buscar en él á Jesús. He aquí el valor; pero habiendo entrado, no encontraron el cuerpo de Jesús; he aquí la prueba... ¿Qué se ha de pensar de un accidente tan imprevisto? ¿quién ha levantado la piedra? ¿quién sabe qué cosa será del cuerpo de Jesús? ¿Dónde está Magdalena? ¿dónde están sus compañeras? ¿por qué no se dejan ver? ¿Qué sospechas no se pueden aquí formar? ¿qué conjeturas? Allí se pierde su espíritu, se confunden sus pensamientos y están ellas en la última consternación. ¡Oh Jesús! vos os complacéis de probar á los que os aman; pero deben estar bien ciertos que cuanto mas fuertes sean las pruebas, tanto mas cerca está el socorro, y será de tanto mayor consolación.

PUNTO II.

SU RECOMPENSA.

Primero. *Fueron recompensadas con saber de boca de los ángeles la resurrección de Jesús.* "Y sucedió, que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon cerca de ellas con vestiduras resplandecientes. Y estando atemorizadas y bajado el rostro á tierra, les dijeron: ¿por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, mas ha resucitado..." Comprendieron muy bien estas santas mujeres, que los personajes tan resplandecientes, eran dos ángeles bajo la figura humana. No es maravilla que su improvisa aparición y el esplendor de sus vestidos hayan ocasionado á estas santas mujeres algun movimiento de temor y espanto; pero sin haberlas puesto en consternación y sin obligarlas á huir, solo les hicieron inclinar los ojos á la tierra, no atreviéndose á volver la vista. ¿Pero cuál fué el júbilo de sus corazones al oír decir que su Maestro estaba vivo y que la causa porque no veían allí dentro su cuerpo, era porque ya había resucitado! Alegrémonos con ellas de una nueva tan feliz y de tanto consuelo.

Segundo. *Fueron recompensadas en tener una prueba de su resurrección.* "Acordaos de lo que os dije cuando estaba aun en Galilea..." ¿Cuántas veces había dicho el Salvador que resucitaría al tercer día? ¿Se debía acaso perder la memoria de una promesa tan magnífica y de tanto consuelo? ¿no se debía refrescar esta memoria desde que se vió á Jesús según su promesa espirar sobre la cruz? Bien se acordaron de ella los fariseos cuando lo vieron encerrado en el sepulcro, y sus discípulos y las santas mujeres que le están mas aficionadas, no se acuerdan de esta palabra cuando tienen debajo de los ojos el cumplimiento y ven el tercer día abierto el sepulcro

y sin tener dentro su cuerpo, y es necesario que se lo recuerden los ángeles. Pero en orden á nosotros, la cosa es evidente, probada é indubitable.

Tercero. *Fueron recompensadas con ser instruidas sobre la necesidad de esta resurrección.* "Diciendo, es menester que el Hijo del hombre sea dado en las manos de los hombres pecadores..." *Esto es, de los gentiles...* "Y sea crucificado, y resucite al tercer día..." El Salvador antes y después de su resurrección, se ha servido frecuentemente de esta expresión: *es menester, se necesitaba, es necesario;* para darnos á entender que no debemos ya contentarnos con creer su muerte y su resurrección como hechos ciertos é indubitables, sino que debemos también considerarlos como la ejecución de los decretos eternos de la sabiduría de Dios, que había tasado á este precio nuestra redención, nuestro perdón y nuestra justificación. De este modo estos grandes misterios se han obrado por nosotros y á nosotros pertenecen. Dios los ha hecho anunciar á los profetas, los ha hecho cumplir á su Hijo, publicar por sus apóstoles y enseñar por su Iglesia, para que nosotros los recibiésemos, nos los aplicásemos, conociésemos su orden, la economía y la necesidad, y para que penetrando los designios de Dios, comprendiésemos bien que para ser salvos, es necesario unirnos á nuestra cabeza, participar de sus misterios, sufrir, morir y resucitar con él.

PUNTO III.

SU FIDELIDAD.

Primero. *En creer lo que los ángeles les dicen.* Estas santas mujeres creyeron sin dudar lo que los ángeles les decían. Salieron del sepulcro llenas de consolación é impacientes por llevar á los apóstoles una noticia tan feliz. Oreamos también nosotros sin dudar la resurrección de nuestro Maestro y la nuestra, y esta fe nos sostendrá en las penas de nuestra vida, en la práctica de las buenas obras, y será nuestra consolación en la muerte.

Segundo. *Su fidelidad en acordarse de lo que Jesús ha dicho.* "Y ellas se acordaron de sus palabras..." Nosotros nos olvidamos frecuentemente de las palabras del Salvador, y este es el motivo porque lo ofendemos tan fácilmente y lo servimos con tanta flojedad; pero los ángeles de Jesucristo, los ministros de la Iglesia nos lo recuerdan. Vamos, pues, á oírlas atentos con modestia en su presencia; escuchémoslas con atención y respeto y después de haberlas oído, detengámonos á considerar, no lo defectuoso que haya podido escapárseles de la boca para hacer materia de nuestras risadas y de nuestras críti-

cas, sino lo que han dicho de útil y de edificación, y principalmente los testimonios del Salvador y de la sagrada Escritura, para hacer de ellos materia de nuestras reflexiones y la regla de nuestra conducta.

Tercero. *Su fidelidad en referir á los apóstoles lo que les había sucedido.* "Y volviendo del sepulcro, contaron todas estas cosas á los once y á todos los demás..." Estas santas mujeres de ninguna cosa tuvieron mas cuidado que de ir á dar cuenta á los apóstoles de cuanto habían visto y oído. Si no tuvieron ellas la dicha de ver en este día á Jesús resucitado, tuvieron por lo menos la consolación de encontrar á Magdalena, en cuya casa se habían juntado, no solo los once apóstoles, sino también los discípulos. La relación de Magdalena concordaba perfectamente con lo que estas decían. Había ella visto también los dos ángeles que estas habían visto, y además había visto al Señor mismo... ¡Ah! ¡si Jesucristo se dejase ver á nosotros sobre la tierra! ¡Pero él hace aun mas, se nos da á nosotros! Aun hace mas, nos promete de dejarse ver de nosotros en el cielo. Este es el lugar donde debemos desear verlo.

PETICION Y COLOGIO.

Haced, oh Jesús! que mientras yo espero aquel día feliz y eterno, crea, espere y viva de una manera que corresponda á una fe tan sublime y á una tan magnífica esperanza. Haced, oh Dios mío! que á vos solo busque mi corazón, á vos solo desee mi alma, hasta que os vea y hasta que os posea en vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CCCXLVII.

MARIA MADRE DE JACOBO Y SU COMPAÑERA VAN AL SEPULCRO YA NACIDO EL SOL.

S. Marc., e. XVI, v. 2, 5, 8.
S. Mat., e. XXVIII, v. 5, 10.

Primero, su miedo en el sepulcro; segundo, su miedo al salir del sepulcro; tercero, su miedo al ver á Jesús.

PUNTO I.

SU MIEDO EN EL SEPULCRO.

Primero. *Las atemoriza la vista del ángel.* "Llegan al sepulcro habiendo ya salido el sol... Y entrando en el sepulcro vieron un joven sentado en el lado derecho, cubierto de un vestido blanco, y quedaron espantadas..." María ma-

dre de Jacobo y Salomé su compañera,¹ en vano esperaban que volviese Magdalena, ocupada con Juana en persuadir á los apóstoles la resurrección de su Maestro. Viendo, pues, que no venían, que se hacía de día y que el sol había ya nacido, se animaron todas para ir al sepulcro, levantada y el sepulcro abierto. Se adelantaron, se animan también á bajar al sepulcro, y en el punto que estaban para entrar en él, ven á la derecha un ángel sentado bajo la figura de un joven y vestido de blanco. Este joven era el mismo ángel que había levantado la piedra, que se había sentado sobre ella y que con sola una mirada había aterrado y ahuyentado los guardas. Si se les hubiese aparecido también sentado sobre la piedra, jamás habrían estas santas mujeres entrado en el sepulcro; pero él las esperaba dentro del mismo sepulcro para que habiendo entrado en él, pudiesen ver el lugar en que había estado puesto el cuerpo de Jesucristo y oír lo que él les quería decir. Por mas que hubiese dejado aquel aspecto terrible que había mostrado á los soldados, y se dejase ver de ellos con todos los atractivos de la belleza y de la dulzura, quedaron ellas no obstante aturdidas y como inmóviles, y no se atrevieron á dar un paso mas adelante. He aquí cómo los ángeles saben adaptarse á nuestra debilidad. No tengamos de ellos temor; nada temamos debajo de su protección.

Segundo. *El ángel les habla para confortarlas.* "Pero el ángel tomando la palabra, dijo á las mujeres: no temáis vosotras.... No os asustéis.... por que yo sé que buscáis á Jesús.... Nazareno crucificado.... no está aquí, porque ha resucitado conforme dijo.... Venid, y ved.... es el lugar donde lo habían puesto...." He aquí la diferencia que hay entre los buenos y los malos. Los malos tienen motivo de temerle todo en este mundo, y en el otro de los buenos ángeles malos á quienes se abandonan. Pero los que buscan á Jesús crucificado, nada tienen que temer, ni en este mundo ni en el otro, ni por parte de los buenos ángeles que son sus protectores y nuncios solamente de dulzura, de fe y de consolación, ni por parte de los ángeles malos, que sobre ellos no tienen algun poder. Busquemos, pues, á Jesús crucificado, busquémoslo en todas las cosas. Nosotros lo hallaremos crucificado en este mundo para ayudarnos á llevar nuestras cruces, y lo hallaremos vivo y reinando en el otro para hacernos vivir y reinar con él.

Tercero. *El ángel les prescribe lo que deben decir á los apóstoles.* "Mas luego al punto.... andad y decid á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado, y he aquí va delante de vosotros á Galilea.... allí lo vereis como os dijo.... mirad que os lo he advertido...." El orden de retirarse luego al punto era muy conforme á los

¹ Véase la nota al fin de esta meditación.

deseos de las santas mujeres, que tenía el corazón penetrado de dos afectos contrarios, de júbilo y de temor. La memoria expresa que el ángel de san Pedro debió ser de mucho consuelo para este apóstol que había negado á su Maestro. Las palabras que el ángel prescribe á las santas mujeres, para que las refieran á los apóstoles, eran poderosas para hacer impresión sobre ellos y para vencer su obstinación, porque el Salvador las había dicho la noche de la cena y estas mujeres no podían tener conocimiento de esto. No solo ellas tienen orden de referir estas palabras á los apóstoles, sino también de hacerles observar que este es el cumplimiento de cuanto el Salvador les había prometido y predicho.... Si el Señor hace prometer á los apóstoles que ellos lo verán en la Galilea, esto no significa ya que ellos no lo verán antes de ir allá, sino solamente que allá lo verán á su gusto y los tratará mas largamente en orden á lo que mira al reino de Dios que es su Iglesia.

PUNTO II.

SU TEMOR AL SALIR DEL SEPULCRO.

Primero. *Salen del sepulcro huyendo.* "Y ellas salieron prontamente del sepulcro con temor y gozo grande.... Y huyeron, porque estaban sobrecojidos del miedo y del temblor...." Fácilmente se comprende la causa de este grande júbilo, lo tenemos nosotros también comun con ellas, él es nuestro Salvador resucitado. Pero la causa de este grande temor no se puede hallar sino en el carácter que no se puede siempre corregir, que merece compasión y no se debe insultar jamás.

Segundo. *Van de prisa á encontrar los apóstoles.* "Corrieron á dar la nueva á los discípulos." La alegría de llevar una nueva tan feliz á los discípulos, les hacía ciertamente apresurar el paso; pero es verosímil que tuviese también su parte el temor. Estas santas mujeres, no saben todavía todo lo que tendrán que contar, porque su júbilo ha de crecer y se ha de disminuir su temor.... Esto es lo que sucede cuando se tiene solamente en mira á Jesús y se obra solamente por él.

Tercero. *En el camino no hablan con alguno.* "Y á nadie dijeron cosa alguna, porque estaban atemorizadas...." No es verosímil que en aquella hora no encontrasen por el camino personas de su país y conocidas ayas; pero ellas iban tan atemorizadas, que á nadie se acercaron ni tuvieron valor de pararse para hablar á persona alguna.... dejando aparte el temor, nosotros podemos aprovecharnos del ejemplo que ellas nos dan, ejecutando diligente lo que tenemos que hacer, sin detenernos en el camino en diversio-

nes inútiles que nos hacen perder nuestro tiempo y llenan nuestro corazón de distracciones. Si las santas mujeres se hubiesen detenido para hablar á alguno, no habrían acaso sido favorecidas de la visita que les hizo el Señor. Observemos este silencio, principalmente cuando vamos á la Iglesia, y yendo á ella disponámonos con recogimiento para recibir los favores del Señor.

PUNTO III.

SU TEMOR AL VER Á JESÚS.

Primero. *Jesús se presenta á ellas.* "Y he aquí que Jesús les sale al encuentro diciendo: Dios os salve, y ellas se le acercaron y le abrazaron sus pies y lo adoraron...." Estas santas mujeres eran dos madres de apóstoles: María madre de Jacobo era esposa de la Santísima Virgen; Salomé era madre del discípulo favorecido y las dos eran compañeras de Magdalena. Jesús no quiso dejarlas mas largo tiempo en poder de su temor y espanto. No les dijo ya á estas como á Magdalena, *no me toqueis*. Tenían ellas mas necesidad de ser animadas que atemorizadas.... ¡Oh y cuán bueno es Jesús! ¡Cuán íntimamente conoce nuestros males! ¡y cuán bien sabe compadecerse de ellas y remediarlos!

Segundo. *Jesús como el ángel las conforta.* "Entonces Jesús les dijo: no temáis...." ¿Temían acaso aun ellas estando con Jesús? Si ciertamente, pues que Jesús las conforta. Pero inmediatamente después de esta divina palabra, cesó todo temor; el amor triunfó y sus corazones se llenaron de una alegría pura. ¡Oh Jesús! decidme á mi esta grande palabra: *no temas*. Decidme á mi alma atemorizada á vista de vuestros adorables misterios, atemorizada del pensamiento de vuestros rigurosos juicios, atemorizada al acercarse una muerte inevitable; decidme á mi y mi corazón libre de temor se llenará del júbilo de vuestro santo amor.

Tercero. *Jesús les da el mismo orden que el ángel.* "Id, avisad á mis hermanos que vayan á la Galilea; allí me verán...." El Salvador se sirve aquí del nombre de hermanos como había hablado á Magdalena. "Que vayan á la Galilea...." No es esto ya un orden particular que haga intimar á los apóstoles; es solamente una promesa que lo verán; cuando se habrán vuelto á la Galilea, como si les hubiese dicho: vayan solamente á la Galilea, vuelvan tranquilamente á la Galilea, después que habrán, como es costumbre, acabado de celebrar la Pascua. Vayan, pues, á la Galilea; allí me verán, y de hecho sucedió así.

PETICION Y COLOGIO.

Os doy las gracias, ¡oh Dios mio! por haber ordenado tantos hechos para nuestro bien y para nuestro consuelo; concededme, ¡oh Señor! una de aquellas visitas secretas y afectuosas con que sin mostrarnos á los ojos, haceis oír vuestra voz á un corazón dócil y le haceis sentir toda la unción de vuestra gracia, ó antes bien concededme concebir estos sentimientos que animaron las santas mujeres, cuando tengo la dicha de poseerlas principalmente en la santa comunión. Amen.

EXPLICACION

SOBRE EL VERSÍCULO V DE LCAPÍTULO XXVIII DE SAN MATEO, Y SOBRE EL VERSÍCULO V DEL CAPÍTULO XVI DE SAN MÁRCOS.

En orden á estos dos evangelistas debemos observar dos cosas:

La primera. Que no es necesario unir estos dos versículos con lo que les precede, segun lo que hemos dicho arriba.

La segunda. Que los evangelistas no hacen expresa mención de la mudanza que ocurrió en los personajes que ellos han introducido en el principio del capítulo.... San Mateo en el primer versículo habla de María Magdalena y de María madre de Jacobo y de Salomé. De esta manera Salomé se halla aquí en lugar de Magdalena. Pero como son siempre dos mujeres de una misma cuadrilla, el santo evangelista no ha creído que fuese necesario advertir esta mudanza ó cambiament, en un tiempo en que estos hechos eran notorios á todos los fieles. Sin esta observación, no es posible conciliar los textos, y no hay que maravillarse que no la han hecho.

San Márcos nombra al principio del capítulo á María madre de Jacobo y á Salomé, y no advierte que aquí Magdalena está ausente y que aquí se trata solamente de María madre de Jacobo y de Salomé: el santo Evangelista no ha creído necesaria esta advertencia, y ha juzgado haberlo prevenido bastantemente en el versículo 9, en que habla separadamente de Magdalena, lo que supone necesariamente que ella se había separado de los otros dos y no estaba ya con ellos. Aquí cabe de nuevo en su lugar lo que arriba hemos dicho.

Conviene reflexionar que todas las observaciones que hacemos aquí, caen solamente sobre el estilo de los evangelistas, y no son violencias que hagamos á sus expresiones.

MEDITACION CCCXLVIII.

INCREDELIDAD DE LOS APOSTOLES.

S. Lúca, c. XXIV, v. 10 13.

Primero, injusticia de su incredulidad; segundo, principio y origen de su incredulidad; tercero, inquietud de su incredulidad.

PUNTO I.

INJUSTICIA DE SU INCREDELIDAD.

Primero. *Incredulidad relativamente a las santas mujeres que dan testimonio.* "Y las que refirieron estas cosas a los apóstoles, eran María Magdalena, y Juana, y María de Jacobo y las otras que estaban con ellas..." He aquí los primeros testigos de la resurrección de Jesucristo, que han sido enviados y que han ido a los apóstoles en el mismo orden que aquí se han contado, como se ha visto en las tres meditaciones precedentes, esto es, primero la Magdalena, después Juana y sus compañeras, y finalmente María madre de Jacobo, y Salomé su compañera. Los apóstoles conocían a estas santas mujeres, su piedad, su bondad, su ingenuidad y su amor a Jesucristo, y su adhesión a ellos mismos: ellas eran las que tenían cuidado de ellos en sus viajes, los asistían con sus propios bienes, tres de ellos tenían sus madres en el número de ellas. ¡Cuán injustos son, pues, y qué irracionales en desechar su testimonio! ¿No se podría enderezar aquí la palabra a los incrédulos de nuestros días, y decirles: considerad quiénes son los que os dan testimonio de la religión cristiana? Son ellos vuestros padres en el orden de la naturaleza y de la fe; personas de una bondad y santidad conocida. Ya han pasado más de diez y ocho siglos de una tradición no interrumpida, que os suministran una niebla de testigos irrefragables. ¡Cuál es, pues, vuestra injusticia! ¿Cómo podeis vosotros, como tenéis corazón para no creer sobre un tan respetable testimonio?

Segundo. *Injusticia relativamente al testimonio que ellas dan.* Testimonio uniforme. ¡Oh apóstoles! Todas os dicen que el sepulcro está abierto, que está vacío, que no está allí el cuerpo, y esto lo han visto dos de los vuestros; todas os dicen que han oído de la boca de los ángeles que vuestro Maestro está vivo, que ha resucitado. Tres de estas os añaden que lo han visto, que él les ha hablado. Testimonio constante. Este se os ha dado tres veces, a tres horas diferentes del día y por tres diferentes suertes de personas. Testimonio sin engaño. Se os ha dado por personas que no se habían visto, y las últimas no sabían

qué cosa os habían dicho las primeras. Testimonio favorable. Lo que ellas os anuncian es para vosotros precioso, afortunado y deseable. Finalmente, testimonio racional que nada anuncia de imposible ó de increíble, nada que no sea digno de Dios, de su grandeza, de su justicia y de su bondad para con su Hijo y para con los hombres. Este testimonio es para nosotros lo que era para los apóstoles, y es tanto más ventajoso para nosotros, cuanto ha venido á ser testimonio de los apóstoles mismos; testimonio de la Iglesia, testimonio del mundo entero. Testimonio constante y uniforme en todos los lugares y en todos los siglos, sin interrupción, sin variedad, sin engaño, y que contiene la promesa de una eterna felicidad. ¡Ah! creo, ¡oh Dios mio! creo con todo mi corazón; sería bien injusto é irracional si no creyese.

Tercero. *Injusticia relativamente á la manera con que ellas dan testimonio.* En este testimonio nos vemos obligados á observar un orden y una graduación de luz que no pueden derivar sino de una providencia caritativa y de una sabiduría atenta á despertar la fe de los discípulos, porque va primero la Magdalena á atemorizarlos con comunicarle la conjetura que ella había hecho hablando el sepulcro abierto y vacío. Los apóstoles mismos son testigos de este hecho, que es la base de todos los otros, y que en corazones mejor dispuestos, había bastado para hacer creer, ó á lo menos para sospechar la resurrección de Jesús. Magdalena vuelve para desengañar los apóstoles sobre la conjetura que ella había hecho, y les declara que ella ha visto dos ángeles, que ha visto al Señor mismo, que le ha dicho que estaba para subir á su Padre. De esta expresión se había servido Jesús frecuentemente entre ellos. Sobrevenen Juana y sus compañeras que han visto los dos ángeles, los cuales han recordado que Jesús había dicho que era necesario que fuese crucificado y que al tercero día resucitaría. Tanto más fácilmente debían haber caído en la cuenta los apóstoles habiéndolo dicho Jesús á ellos mismos, y sabiéndolo ellas solamente porque lo habían aprendido de su boca. Finalmente, María, madre de Jacobo, y Salomé su compañera, llegan las últimas. Ellas han visto un ángel, han visto al Señor, y recuerdan una palabra que jamás la habían oído decir ellas y que el Señor no la había dicho sino á los apóstoles la noche de la cena, esto es, que después de su resurrección iría primero que ellos á la Galilea, y ellas tienen orden de advertirles que esta es una cosa que él les predijo á ellos mismos. Esto supuesto, causa maravilla cómo los apóstoles no hayan podido ser inmediatamente convencidos. Pero su incredulidad es un arcano de la misma Providencia, que quiere hacernos ver nuestra debilidad, enseñarnos á soportar los incrédulos, á no desesperar de su conversión, y que quiere hacer el testimonio de los apóstoles cuando la pu-

blicarán, superior á toda sospecha de credulidad y de error, y para que nosotros mismos establecidos sobre el fundamento de los apóstoles, estemos como ellos inmóviles en nuestra fe.

PUNTO II.

PRINCIPIO DE SU INCREDELIDAD.

Primero. *El principio y el origen de la incredulidad en los apóstoles, como en los otros hombres, podía ser un espíritu limitado y obstinado.* "Pero tales palabras les parecieron á ellos como delirios y no las creyeron..." Decían por ventura los apóstoles: el discurso de estas mujeres es asemeja á un sueño, ó antes bien á un delirio, en que no hay orden y todo es contradicción. Las unas han visto al Señor, las otras no lo han visto, las unas han visto dos ángeles, las otras no han visto sino uno, las unas tienen orden de referir y las otras de referirnos otra. Pero en todo esto no hay contradicción, no se echa de ver otra cosa que ingenuidad y una prueba evidente de que no hay entre ellas engaño alguno. Así justamente los incrédulos de nuestros días no ven otra cosa que contradicción en la Escritura, entre los evangelistas y en los dogmas de la fe. Los nombres solos de ley antigua y de ley nueva les parecen una contradicción, de la cual seguiría que Dios sería inconstante y mutable, como si prometer y ejecutar su promesa pudiese llamarse inconstancia. Un espíritu limitado se deslumbra con la mas mínima dificultad, no encuentra la respuesta, todo lo examina, disputa sobre todo, se pierde en sus mismas investigaciones, y no puede elevar su pensamiento sobre aquello que le descubria muchas razones de lo que le embarrasa, y le haría conocer que puede haber aun otras muchas que él no ve. Un espíritu bueno concilia fácilmente todas las cosas. Y cuando los hechos están bien verificados, no se inquieta si no puede explicarlo todo y dar razon de todo.

Segundo. *Una imaginación fuerte y dominante.* Cuando la imaginación domina sobre nuestros pensamientos y sobre nuestros juicios, hace esclavo suyo nuestro espíritu, restringe sus ideas, lo concentra consigo mismo, y viene á ser lo que se llama poquedad de espíritu. Habían visto los apóstoles á su Maestro entregado á la muerte por mano de los judíos; lo habían visto sin fuerza, sin defensa y espirar en una cruz, como los dos malhechores crucificados á sus lados. Esta vista había hecho una tal impresión sobre su imaginación, que no pensaban ya mas en cosa alguna de cuantas les había dicho. Lo amaban ellos; pero que se les diga que ha resucitado, esto es lo que les parece un sueño, lo que no pueden creer, porque no pueden imaginárselo. La credulidad, como hemos dicho, viene de una imaginación

fuerte que domina y sujeta así el espíritu. Y con todo eso, estos son aquellos hombres que nosotros llamamos espíritus fuertes, y tales son aquí, puestos estos principios, los apóstoles. El verdadero fuerte es el fiel, que sin escuchar su imaginación, siente todo el peso y toda la fuerza de las pruebas que se alegan, y sabe en su consecuencia reposar tranquilo sobre la autoridad de la palabra de Dios que se le da á conocer.

Tercero. *Un orgullo injusto y despreciativo.* Cuando no queremos creer, despreciamos aquellos que creen y aseguran la verdad de lo que no creemos. Si Pedro y Juan que han estado en el sepulcro hubiesen dicho que habían visto al Señor, acaso habían sido creídos; pero mujeres, pero algunas mujeres, he aquí cuanto basta para tratar todo lo que ellos dicen de sueño y de delirio... Citad á los incrédulos la autoridad de tantos grandes hombres que han abrazado el cristianismo con conocimiento de causa, de tantos santos doctores que han combatido los vicios y los errores con sabios escritos, con obras sublimes é inmortales; representades la fe recibida en todo el universo y conservada hasta nosotros por mas de diez y ocho siglos; á todo esto oponen un sumo desprecio, y cuando habrán dicho con un tono fastidioso, *deceitos, entusiastas, pre-judicios, siglo de la ignorancia*, creerán que lo han dicho todo, que lo han confutado todo y que están en derecho de mantenerse en su incredulidad. ¡Oh Dios mio! libradme de este orgullo injusto y despreciativo. Dadme aquella sumisión de corazón y de espíritu que me haga creer con fe y simplicidad todas las verdades que me enseñan los pastores que me habeis dado para conducirme y para guiarme.

PUNTO III.

INQUIETUD DE SU INCREDELIDAD.

Primero. *Pedro va al sepulcro con precipitación.* "Y Pedro, alzándose, corrió al sepulcro..." Sea cual se fuese el desprecio con que los apóstoles trataban los discursos de las santas mujeres, estos discursos no dejaban de inquietarlos y aun de atemorizarlos. ¡Ah! si hubiesen creído, si les hubiesen dado fe, habrían hallado en ellos consolación. El impto nos desprecia é insulta nuestra credulidad; pero á pesar de su desprecio, él está inquieto en su incredulidad, está turbado y muchas veces tambien está atemorizado y espantado. San Pedro no pudo vivir mas largo tiempo en un estado tan violento, se levantó, dejó la cuadrilla de los incrédulos y corrió al sepulcro. ¿Pero qué va á hacer él en el sepulcro? Habría sido una cosa mas expedita y mas racional el llamar á su memoria las palabras de su Maestro que las santas mujeres les sugie-

rian, poner en ella toda su fe y su confianza, declararse en favor de su resurrección, tan claramente predicha y anunciada por tantos y tan respetables testigos. Habría hallado en su fe la tranquilidad que buscaba, y su autoridad se habría reducido á mas sanos pensamientos los apóstoles y los discípulos. ¿Espera él acaso, yendo al sepulcro, ver tambien los ángeles del cielo ó al Señor mismo? ¿mas las disposiciones con que va merecen por ventura semejantes favores?

Segundo. *Examina atentamente el sepulcro.* "E inclinándose, vió solamente los lienzos puestos allí." Luego que llegó san Pedro al sepulcro, se tendió por tierra para ver mejor, metió la cabeza por la abertura que hemos dicho estaba en la parte superior á la flor de la tierra. Vió lo que había visto la primera vez cuando entró dentro, esto es, el sepulcro vacío y los lienzos doblados. Esto, con lo que referían las santas mujeres, unido á las promesas que había hecho el Señor, era mas que bastante para producir una fe completa y una entera evidencia. Si Pedro había ido á ver allí otra cosa, su curiosidad quedó burlada y se lo había merecido. Los incrédulos son bien irracionales en buscar nuevas pruebas y en no aprovecharse de las que se les presentan. Nos piden estos la evidencia, nosotros se la presentamos; pero querían ellos una demostración sensible que violentase necesariamente el espíritu y á la que no se pudiese hacer resistencia, como sería la que se trae para probar las verdades de álgebra y geometría. Ahora, esta la busca en vano. Las verdades históricas y metafísicas no son aquí susceptibles de ella. ¿Y serán solamente estas verdades y estas demostraciones las que merezcan nuestra creencia? ¡Ah! tales demostraciones no convienen á la fe, antes le destruirían todo su mérito. Es necesario que la voluntad quede libre y abraze por elección las verdades luminosas, cuya externa evidencia, bien que superior á toda otra, no necesita al espíritu, sino que lo tranquiliza perfectamente. Con tales caracteres ha sido hecho de Dios el hombre, y la religión para el hombre. Querer que las cosas sean diversamente, es un contradecir á la sabiduría de Dios y perderse.

Tercero. *Vuelve del sepulcro con admiración.* "Y se volvió de allí, quedando maravillado del suceso..." No bastaba admirar; era necesario creer. Pero al fin esta admiración lo acercaba á la fe, y no tardó en conducirlo á ella. Si uno de nuestros pretendidos espíritus fuertes quisiese por un momento alejarse de la multitud de los incrédulos y tirar la vista tranquilamente sobre la superficie de la tierra, vería en ella una religión con la data del tiempo de Augusto, del siglo mas iluminado; vería que la Europa entera, por no hablar de las otras partes del mundo, ha renunciado á su antiguo culto, á sus misterios, á sus dioses, por abrazar el cristianismo. Pregunte solamente á sí mismo, ¿cómo en tan vastas

provincias, en tan grandes reinos, ha podido observarse un tan grande cambio con tanta uniformidad de creencia? A esta simple vista, no podrá por menos de admirar en sí mismo lo que ha sucedido, y por poco que quiera internarse en una cuestion tan simple, de la admiración pasará bien presto á aquella fe que tan vilmente había abandonado y que sus padres tan santamente habían abrazado y le habían dejado en herencia con tanta fidelidad.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! hablad antes bien vos mismo, ¡oh Dios mio! al corazón de estos incrédulos... "Mostradles la luz de vuestro cielo, y serán salvos..." No os disgustéis de su resistencia; destruid su incredulidad, haced que á lo menos deseen conocer, y bien presto de la admiración pasarán á la persuasión. En orden á nosotros, ¡oh Señor! aumentad la fe y el amor que nos habéis infundido, y haced que la vista del incrédulo lejos de ser para nosotros un objeto de desprecio ó un motivo de caída, sea antes un motivo de creer mas perfectamente y de amaros mas ardentemente. Amen.

MEDITACION CCCXLIX.

MALICIA DE LOS JUDIOS QUE CORROMPEN LOS TESTIMONIOS DE LOS SOLDADOS.

S. Mat., c. XXVIII, v. 11, 15.

Primero. Cuál fué el efecto que produjo en el consejo de los judíos la relación de los soldados. Segundo. Cuál fué el medio de que se sirvió el consejo para corromper el testimonio de los soldados. Tercero. Cuál fué la necesidad del pueblo en dar fe á la fábula que espantaron los soldados.

PUNTO I.

CUÁL FUÉ EL EFECTO QUE PRODUJO EN EL CONSEJO DE LOS JUDIOS LA RELACION DE LOS SOLDADOS.

Primero. *Un convencimiento total.* "Y luego que partieron (las mujeres), algunas de las guardas fueron á la ciudad, y refirieron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido. Y estos juntándose con los ancianos y hecha la consulta..." Ya había nacido el sol, y se habían retirado del sepulcro María madre de Jacobo y Salomé, cuando los soldados, que se habían huido á las aldeas vecinas; se animaron á entrar á Jerusalem, en aquella ciudad culpada, que creían aterrada del terremoto que habían senti-

do. A su primera deposición se juntó el consejo, en que fueron ciertamente introducidos y oídos. ¿Qué otra cosa esperáis para creer, sacerdotes y senadores? Vuestros propios soldados os dan un testimonio que vosotros no os atreveréis á desechar. Vosotros pediais á Jesús¹ que os dijese claramente si él era el Mesías; este punto ha sido ahora puesto en evidencia, y de esto son testigos vuestros soldados. Vosotros deciais:² Este se ha hecho Hijo de Dios, venga Dios y libbrelo. Dios lo ha librado de los dolores de la muerte y de la corrupción del sepulcro; el ángel del Señor ha bajado y ha abierto su prisión;³ lo han visto los soldados. Según vosotros mismos, él había dicho⁴ que resucitaria al tercero día, y he aquí que ha resucitado. El había dicho,⁵ destruid este templo y en tres días yo lo reedificaré; vosotros lo habéis destruido, y véislo aquí reedificado al tercero día. Sobre lo que vuestros soldados os dicen que han visto, no podéis dudar; estais plena y enteramente convencidos. ¡Ah! ¿Qué dicha, qué consolaciones para corazones reos; qué para corazones taimados y celosos, qué desesperación!

Segundo. *Una infidelidad consumada.* Los judíos, que habían desechado tantas luces, cierran tambien los ojos á esta. A pesar de todos los remordimientos de conciencia, quieren combatir un hecho de cuya verdad estan intimamente convencidos. Quieren emplear toda su potestad y autoridad para acreditar una fábula de que saben muy bien que son ellos mismos los inventores... ¿Quién había podido creer jamás que el corazón del hombre fuese capaz de un tan detestable artificio? Pero la herejía ha dado de esto después frecuentes ejemplos. ¡Ah! ¡ay de aquel que resiste á las primeras gracias del Espíritu Santo, principalmente en materia de fe!

Tercero. *Una resolución abominable.* El consejo está junto; conviene deliberar. ¿Y qué se resolverá en él? Lo menos que se podía hacer, era declarar al pueblo que hasta entonces habían obrado de buena fe, pero que se habían engañado; que habían creído castigar un impostor y un engañador, y que para asegurarse bien de esto, habían hecho guardar su sepulcro; pero que ahora habían verificado la promesa de Jesús, que al tercero día resucitaria, no podía ya haber duda en esto, y que era preciso que todo Israel lo conociese por el Hijo de Dios y por su rey. Finalmente, habría sido mejor temer á este Hijo de Dios, recurrir á su misericordia y confesar el propio delito. Pero una confesión sincera de haber errado, es muy difícil y muy rara, no se ha visto acaso jamás un ejemplo en las primeras

cabezas de partido. ¿Qué hará, pues, el consejo de los judíos? Acostumbrado á los mas atroces atentados, después de haber corrompido á precio de plata la fidelidad de un discípulo, no teme de emplear aquí el mismo artificio para corromper el testimonio de las guardas. Una resolución tan abominable se toma con voz unanime, sin contradicción y sin que ninguno se oponga. ¿Qué cuerpo es este consejo de los judíos? El que una vez se ha dejado llevar muy adelante y tiene vergüenza de volver atrás facilmente, va á los extremos.

PUNTO II.

CUÁL FUE EL MEDIO DE QUE SE SIRVIÓ EL CONSEJO PARA CORROMPER EL TESTIMONIO DE LOS SOLDADOS.

Primero. *Una suma considerable que se les paga.* "Dieron buena suma de dinero á los soldados..." La avaricia era uno de los vicios de los sacerdotes y de los fariseos, mas acostumbrados á vender sus votos que á comprar los ajenos; pero cuando se trata de echarse fuera de un mal empeño, se hace un esfuerzo, y una pasión cede á la otra. "Oh miserable dinero, cuantos pecados has ocasionado en el mundo! ¡Ay del que lo da para hacer á los otros cómplices de su pecado! ¡Ay del que lo recibe por hacerse cómplice del pecado ajeno! ¡Tenemos nosotros alguna cosa de que rependernos sobre estos dos artículos? Hagamos de nuestro dinero un mejor uso y empleémoslo en socorrer las necesidades, en sostener la justicia, en proteger la virtud, y no nos suceda jamás que un vil interés, una ganancia indigna nos empuje á hacer traición á la verdad y á nuestra conciencia, ni á cometer injusticia, ni á ofender á Dios."

Segundo. *Una fábula ridícula que se les ofrece y se la sugieren.* "Diciéndoles; decid, sus discípulos han venido de noche, y mientras nosotros dormíamos, lo han robado..." La Providencia pone tal vez la verdad en una tal evidencia, que sus enemigos difícilmente pueden ocultarla. Se arrepintieron mas de una vez los sacerdotes de haber puesto las guardas al sepulcro. Si no las hubieran puesto, habrían podido decir francamente todo cuanto hubiesen querido. Pero puesta allí la guarda, sabiéndose tantas personas entonces, y habiéndose publicado después por todo el mundo, formaba una dificultad á que ninguna cosa se podía racionalmente oponer. El cuerpo de Jesús no estaba ya en el sepulcro; fácilmente podía decir que sus discípulos lo habían robado; pero con esta guarda, que se ha de hacer que se ha de decir? ¡Ho aquí un embarazo! ¡Dirán por ventura que la han forzado? El honor de los soldados, quedaria gravemente ultrajado, y

1 S. Juan, c. X, v. 24.

2 S. Mat., c. XXVII, v. 42.

3 Act. Apot., c. II, v. 24.

4 S. Marc., c. XXVII.

5 S. Juan, c. II, v. 19.